

supersticiones; os contestará cerrándoos la boca si tiene bastante fuerza ó injuriándoos cobardemente por detrás, si es impotente.

La religión prende la inteligencia del niño apenas despierta, la modela con procedimientos irracionales, la aclimata á métodos erróneos y la deja desarmada ante la razón, enemiga de la exactitud. El atentado que el dogma procura cometer contra el niño de hoy lo ha consumado durante muchos siglos contra la humanidad en su infancia. Aprovechando y abusando de la ignorancia y del espíritu temeroso de nuestros padres, las religiones, todas las religiones, han oscurecido el pensamiento encadenando el cerebro de las generaciones pasadas.

La religión es además el *progreso retardado*.

Para el entontecido con la estupidez de una eternidad de alegrías ó de sufrimientos, la vida actual no es nada.

Como duración es de extrema fugacidad: veinte, cincuenta, cien años, no son nada ante los siglos sin fin que la eternidad suponen. El individuo curvado bajo el yugo de las religiones ¿puede conceder alguna importancia á esta fugaz carrera, á este viaje de un instante?...

A su juicio, la vida es sólo el prólogo de la eternidad que espera; la tierra no es otra cosa que el vestíbulo que á ella conduce.

¿Entonces, por qué luchar, investigar, comprender, saber? ¿Por qué ocuparse tanto en mejorar las condiciones de tan corto viaje? ¿Por qué ingeniar-se en hacer más espacioso, más aireado y más claro ese vestíbulo, ese corredor en el que sólo se estaciona un minuto? Sólo una cosa es importante: la salvación de su alma, la sumisión á Dios. Sin embargo, el progreso no se obtiene sino por el esfuerzo tenaz, esfuerzo que sólo realiza quien siente la necesidad de ello. Y como vivir cómodamente, satisfacer sus apetitos, disminuir sus penas, aumentar su bienestar, son cosas de poca monta para el hombre de fe sincera, poco puede importar-le el progreso.

Que las religiones producen como consecuencia la esclavitud del pensamiento y la quiebra de todo progreso, son verdades que la historia se encarga de consagrar, porque los hechos confirman en tropel todas las afirmaciones del razonamiento.

¿Pueden concebirse crímenes más espantosos?...

¿Y las guerras sangrientas que, en nombre y cargo de los diversos cultos, han promovido los hombres durante cientos y miles de generaciones entre miles y millones de combatientes? ¿Quién será capaz de enumerar los conflictos cuyo solo origen ha radicado en las religiones?

¿Quién formulará el total de muertes, de asesinatos, de hecatombes, de fusilamientos, de crímenes con que el sectarismo religioso y el misticismo intolerante han ensangrentado el suelo sobre el que se arrastra la humanidad, aplastada por el tirano sanguinario que las castas sacerdotales han tenido la siniestra misión de hacernos adorar?

¿Qué incomparable artista sabrá jamás trazar con la riqueza del colorido suficiente y la necesaria exactitud, las trágicas peripecias de ese drama cuyo horror aterrorizó durante seis siglos las civilizaciones bastante desheredadas para gemir bajo la dominación de la Iglesia Católica, drama que la historia ha flagelado con el nombre terrible de Inquisición?

La religión es el odio sembrado entre los humanos, es el servilismo cobarde y resignado de millones de sometidos; es la ferocidad arrogante de los papas, de los pontífices y de los sacerdotes. Es también el triunfo de la moral bárbara y despótica que sólo consigue la mutilación de los seres; moral de laceración de la carne y del espíritu; moral de mortificación, de abnegación sin finalidad, de sacrificio sin grandeza; moral que obliga al individuo á reprimir sus más generosos ímpetus, á moderar los impulsos de su instinto, á contener sus pasiones más honradas, á ahogar las más justas de sus aspiraciones; moral que ensombre-